

CANTO IV.

Quando per diletanze, ovver per doglie,
 Che alcuna virtù nostra comprenda,
 L' anima bene ad essa si raccoglie,
 Par ch' a nulla potenza più intenda;
 E questo è contra quello error, che crede
 Ch' un' anima sopr' altra in noi s' accenda.
 E però, quando s' ode cosa ó vede,
 Che tenga forte a sè l' anima vólta,
 Vassene 'l tempò, e l' uom non se n' avvede;
 Ch' altra potenza è quella che l' ascolta,
 Ed altra è quella c' ha l' anima intera:
 Questa è quasi legata, e quella sciolta.
 Di ciò ebb' io esperienza vera,
 Udendo quello spirto ed ammirando;
 Chè ben cinquanta gradi salit' era
 Lo Sole, ed io non m' era accorto, quando
 Venimmo dove quell' anime ad una
 Gridaro a noi: Qui è vostro dimando.
 Maggiore aperta molte volte impruna
 Con una forcatella di sue spine
 L' uom della villa, quando l' uva imbruna,
 Che non era lo calle, onde salíne
 Lo Duca mio ed io appresso soli,
 Come da noi la schiera si partíne.
 Vassi in Santéo, e discendesi in Noli;
 Montasi sua Bismantova in cacume
 Con esso i piè: ma qui convien ch' uom voli;
 Dico con l' ali snelle e con le piume
 Del gran disio, dietro a quel condotto
 Che speranza mi dava, e faceva lume,
 Noi salivám per entro 'l sasso rotto,
 E d' ogni lato ne stringea lo stremo,
 E piedi e man voleva 'l suol di sotto.
 Quando noi fummo in su l' orlo supremo
 Dell' alta ripa, alla scoperta spiaggia:
 Maestro mio, diss' io, che via faremo?
 Ed egli a me: Nessun tuo passo caggia;
 Pur suso al monte dietro a me acquista,
 Finchè n' appaja alcuna scorta saggia.
 Lo sommo er' alto, che vincea la vista;
 E la costa superba più assai,
 Che da mezzo quadrante al centro lista.
 Io era lasso; quando cominciai:
 O dolce Padre, volgiti, e rimira
 Com io rimango sol, se non ristai.
 Figliuol mio, disse, infin quivi ti tira,
 Additandomi un balzo un poco in súe,
 Che da quel lato il poggio tutto gira.
 Si mi spronaron le parole sue,
 Ch' io mi sforzai, carpando appresso lui,
 Tanto, che 'l cinghio sotto i piè mi sue.
 A seder ci ponemmo ivi amendui,
 Vólti a Levante, ond' eravám saliti;
 Chè sudle a riguardar giovare altrui.
 Gli occhi pria dirizzai a' bassi liti;
 Poscia gli alzai al Sole, ed ammirava
 Che da sinistra n' eravám feriti.
 Ben s' avvide 'l Poeta che io restava
 Stupido tutto al carro della luce,
 Ove tra noi ed Aquilone intrava.
 Ond' egli a me: Se Castore e Polluce
 Fossero 'n compagnia di quello specchio

CANTO IV.

Quando por efecto del placer ó del dolor que afecta al-
 guno de los sentidos del alma se recoge en aquel sentido ó
 facultad, sin que al parecer atienda á ningun otro, es para
 indicarnos el error de los que creen que en nosotros nace y
 se desarrolla una alma bajo otra alma. (1)

Por esto cuando se oye ó se vé una cosa que absorbe en-
 teramente al alma dirigida á ella, el tiempo pasa sin que
 el hombre lo note; porque una es la facultad que escucha,
 y otra la que cautiva el alma; la una está como atada, la
 otro es libre. Allí pude experimentar lo escuchando al espí-
 ritu y admirándole mientras me hablaba; puesto que habia
 llegado el sol á los cincuenta grados sin yo notarlo, cuando
 llegamos á un punto donde todas las almas nos gritaron á
 la vez: « Hé aquí el objeto de vuestra demanda. »

Mas ancha es la abertura que cierra el aldeano con su
 horca de zarzas al madurar la uva, que lo era el sendero por
 el que mi maestro y yo subimos solos, al separarse las al-
 mas de nosotros.

Se llega á San Leo, se deciende á Noli, se sube con el
 auxilio de los piés hasta la cumbre de Bismantua; pero allí
 ya es precioso volar (2) en alas de un gran deseo, como lo
 hice yo tras el que era toda mi esperanza y que iluminaba
 mi camino.

Solo á duras penas y con el auxilio de mis piés y ma-
 nos (3) logramos subir por las quebradas puntas de las rocas,
 y llegar al borde superior de la alta orilla, desde la que se
 descubre mucho: « Maestro, dije entonces, ¿ qué senda
 seguimos? »

Y él á mí: « No dés un paso atrás; antes bien sígueme á
 la cumbre del monte hasta que se nos presente una pru-
 dente escolta. »

Era la cumbre tan alta, que no habia vista que alcanza-
 se á ella, y era la costa mas recta que la línea que vá de
 en medio del cuadrante al centro.

Cansado de subir, exclamé al fin: « ¡Oh dulce padre miol
 vuélvete, y verás que voy á quedar solo si no te detienes.
 « Hijo mio, arrástrate hasta aquí », contestó indicándome
 un peñasco que por aquella parte dominaba la montaña.

De tal modo me aguijonearon sus palabras, que no dejé
 de saltar tras él hasta que estuvo aquella roca circular bajo
 mis plantas. En ella nos asentamos ambos, vueltos hácia
 el levante por el que acabábamos de subir, por complacer-
 se uno siempre en mirar el camino que ha hecho.

Al principio dirigia yo la vista hácia el fondo, pero luego
 la levanté hácia el sol, y admiróme el tenerlo á la izquierda;
 sin que dejase el poeta de notar mi asombro al ver que es-

(1) Véase el canon XI del octavo concilio: « Apparet quosdam in tantum
 impietatis venisse, ut hominem duas animas habere impudenter dogmati-
 zent. »

(2) San Leo, ciudad del ducado de Urbino; Noli; puerto entre Final y Sa-
 vona; Bismantua, monte de Lombardia.

(3) Esto demuestra lo difícil que es subir el monte del Purgatorio, pues-
 to que para ello debe apelarse al auxilio de los piés que demuestran aquí el
 buen deseo, y al de las manos que significan las buenas y santas obras.